

# GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 ptas.

## NÚÑEZ DE ARCE

Don Gaspar, como todos le llamábamos en esta casa, ha venido á hacer el número diez y siete de los que, desde la fundación de GENTE VIEJA, honran este periódico con su firma.

Todos los de España, al dar cuenta de esta desgracia, han informado al público de las condiciones del poeta, del escritor, del académico, del político.

Repetir aquí lo que todos saben y lo que á todos se les ha contado, sería tan inútil como inoportuno.

Núñez de Arce era, antes que todo, un poeta de altísimos vuelos y un pensador profundo y honradísimo, tendiendo siempre al bien.

Sus *Gritos del combate* representaron un gran movimiento del pensamiento y del espíritu; los trabajos de sus mocedades en *La Iberia* y en *Los Debates*, dieron prueba de su vehemencia y alma entusiasta, y aquel don Gaspar, serio y taciturno, que esta generación veía, hace aún pocas horas, en la librería de Fè, ó asistiendo trabajosamente á los estrenos, fué de joven uno de los espíritus más volcánicos, como decían en los mediados del pasado siglo.

Uno de los nuestros, el distinguido y reputado Dr. Iglesias, que ha sido por espacio de muchos años su médico y su amigo, hace aún muy poco tiempo que en el propio despacho del gran poeta escribió un soneto, que comemos la indiscreción de publicar á continuación, porque tiene hoy cierta oportunidad.

### A NÚÑEZ DE ARCE

Yo también, como tú, pulso la lira cantando á las señoras del Parnaso; pero á mí, la verdad, no me hacen caso, ni sé cuál es la musa que me inspira.

Tal vez alguno crea que es mentira que yo siga tus huellas paso á paso, porque siempre seré soldado raso, donde tú eres el rey, si bien se mira.

Pero, cómo ha de ser, tendré paciencia y seguiré cantando en mi organillo, cultivando, cual tú, la gaya ciencia.

Si los dos no tenemos igual brillo, es que, visto á la luz de la conciencia, tú eres el ruiseñor, yo soy el grillo.

SANTIAGO IGLESIAS

Posiblemente GENTE VIEJA podrá honrarse en el número próximo publicando, con un buen retrato del ilustre poeta, alguna composición suya, completamente inédita.

En el entretanto, Dios le conceda en el cielo tantas palmas como en la tierra ha merecido.

JUAN VALERO DE TORNOS

## EN LA MUERTE DE NÚÑEZ DE ARCE

Aunque tu cuerpo sucumba  
de la vida en los anales,  
tus cánticos inmortales  
no fenecen en la tumba.  
Morirá el viento que zumba,  
los monarcas, las naciones;  
mas del poeta los sonos,  
doman trasgos y vestiglos,  
y cantan siglos y siglos,  
pueblos y generaciones.

ENRIQUE PRINCIPE Y SATORRES

10 de Junio de 1903.

## LA ÚLTIMA ILUSION

I.

Luis era un joven simpático y de talento.

Era joven, no sólo porque tenía veinte años, sino porque su cabeza era una pajarera de ilusiones, y su corazón un semillero de esperanzas.

Mostrábase aficionado á pasear por las calles, pues aún las más estrechas y las más oscuras, parecían campos de luz y anchos horizontes, si se comparaban con su misero cuchitril de estudiante pobre.

No corría tras aventuras galantes; no, eso no: Luis era idealista y refinado en el amor; iba buscando á la mujer de sus ensueños.

Un día la encontró, asomada á la ventana de un cuarto bajo, en una casa de buena apariencia.

Si; en sueños la había visto la noche antes. Rubia, blanca y sonrosada, los ojos azules y llenos de ternura, la sonrisa entre pudorosa y picaresca, el cuerpo esbelto, y sus manos primorosas estaban jugueteando con una flor.

El enamorado, este es el nombre propio, pasó y volvió á pasar; así pasan y vuelven á pasar las mariposas alrededor de un foco luminoso, desde que brilló el primer foco y aleteó la primera mariposa.

Indudablemente la joven había reparado en él, puesto que *no le miraba*. Miraba al cielo, como si le preguntase, ¿es Luis? Miraba al interior de la habitación para que no la sorprendiesen, y, por hacer algo, mordía con sus blancos dientecitos el tallo de la flor.

Naturalmente, la flor, huyendo del pequeño mordisco, se cayó á la acera.

Nuestro héroe se precipitó y la cogió con ansias delirantes.

La joven dió un pequeño grito; grito que tenía muchos matices: unos de susto, otros de risa, otros de vergüenza, y se retiró de la ventana.

Él, apretando la flor contra su pecho, se

volvió á su casa loco de alegría; por mucho menos se vuelve loco cualquiera, si tiene veinte años.

Ya la ilusión era realidad. Aquella joven sería su novia, sería su desposada, sería su esposa, el encanto de su vida, el aliento para el trabajo, el premio del triunfo.

Así estuvo forjando todo el día una serie de historias románticas á cual más poética. Era el cielo que se desgarraba por todas partes, dejando ver abismos llenos de luz, y en cada abismo la reproducción de la rubia.

Pero aquella noche recibió Luis un telegrama diciéndole que su madre estaba gravísima y llamándole con angustias de muerte.

A la otra mañana en el primer tren se fué á su pueblo.

Quince días tardó en volver. Dejaba á su madre fuera de peligro y regresaba lleno de nuevas esperanzas; el dolor pasado es el mayor semillero para las esperanzas futuras.

A las tres de la tarde, que era precisamente la hora en que había visto por vez primera y única aquella rubia celestial, que, según él, estaba destinada á ser la compañera de su existencia, se lanzó á la calle y penetró en la de sus anhelos amorosos.

Pero se detuvo aterrado, y sintió que la sangre se le helaba en las venas, porque Luis era muy sensible, y en verdad que el caso no era para menos.

En la puerta de la casa—de la casa decimos, porque en toda la calle no había más que una casa para Luis—estaba un carro fúnebre, todo blanco, y blancos eran los caballos, y blanco el féretro, y lacayos negros iban colgando coronas y amontonando flores de matices pálidos.

Luis le preguntó á una portera, en voz muy baja, como si temiera preguntar y quisiera que que no le contestasen:

—¿Ha muerto alguien en la casa de enfrente?

La pregunta era estúpida; pero la portera á quien se dirigía, también lo era, y contestó con la mayor naturalidad:

—Si, señor; una señorita muy guapa que vivía en el cuarto bajo.

Un dolor agudísimo se clavó en el corazón de Luis, se le enturbió la vista, y sintió que perdía el sentido. Tuvo que apoyarse en el hombro de la portera.

Era la poesía apoyándose en la prosa; esto pasa muchas veces en la vida, aunque no se tengan porteras á manó.

Arrancó el carro fúnebre, y tras él se fué el desesperado amante, como atraído por la muerte.

Con el traqueteo se cayó una flor, que Luis

cogió precipitadamente y que apretó contra su corazón, junto á la otra, á la primera

Aquellas dos flores fueron *la ilusión* de toda su vida, y él pensaba así en sus ratos de melancolía.

—El ángel de mis amores me arrojó una flor desde su ventana, me arrojó otra desde su ataúd.

La triste ilusión, ¿duró siempre, ó se deshojó al fin, como se deshojan las ilusiones?

Ya nos lo dirá la segunda parte de esta verídica historia, si algún día llega á publicarse.

JOSÉ ECHEGARAY

## LAS POSTALES DE LA ROSA

ILUSTRACION: UNA O VARIAS ROSAS

### I

En las rosas de tu cara  
un beso acaban de dar;  
rosas que picó un gusano  
presto se deshojarán.

### II

Una cayó en una rosa,  
de dos gotas que iban juntas;  
otra en el lodo cayó.  
¡Mira lo que es la fortunal

### III

Devuélveles á las rosas  
el color que les robaste;  
tú de nada necesitas  
para parecer un angel.

MELCHOR DE PALAU

## Revista parlamentaria

Realmente, no hay parlamento para más efectos que para que yo me ponga la dalmática, se discutan las actas y se hagan *funerales*.

Porque hemos convenido en que, cuando un diputado *se ahoga*, con razón ó sin ella; pero es simpático y tiene amigos en la casa, se le gratifica con una discusión larga, lo que en el *argot* parlamentario, han convenido los señores en llamar funerales.

Por lo demás, no pasa nada; el Salón de conferencias, aunque alfombrado, tiene todo el aspecto de verano. Algunos diputados y ex-diputados soñolientos; *yacen* en los divanes; Romero va de grupo en grupo como siempre, representando la actividad de la política por el movimiento; los ministros ni por *un Dios* se ponen á tiro de que los diputados puedan pedirles nada; y se *filtran* por el pasillo más obscuro en el banco azul; ni aun los republicanos tienen prisa en la constitución del Congreso; Junoy y Lombardero—parece una razón social de electorales empresas—hablan á diario; Anglés ha dejado de inspirar curiosidad, y Aguilera, que no siente predilección por el Senado, sigue yendo al Congreso, donde conferencia con Moret, constituyendo á veces grupos muy variados, cuando D. Segismundo y D. Alberto alternan con Antequera y Castellanos.

En el Senado ha pasado la *candente* discusión del Mensaje como si no hubiera pasado nada.

Un compañero de la alta Cámara me dice que desde que Montero no es presidente, pueden respirar en primavera y en verano porque

no se encienden los caloríferos; muchos Senadores electivos no pueden probar su renta; otros no pueden probar bocado; tal es su estado de salud; y si Mellado, Gonzalo Vilches, Navarroerverter y Saturnino Collantes no actuaran de jóvenes y buenos mozos, que ya es actuar, aquello parecería una sucursal aristocrática de San Bernardino

Decididamente han pasado aquellos tiempos en que el público se preocupaba de las discusiones parlamentarias, y en que los periódicos publicaban aquellas sendas listas así encabezadas: «Señores que dijeron sí: Señores que dijeron no».

No sé qué ambiente tienen el Senado y el Congreso, que los más intransigentes, los más feroces en todos los terrenos, en cuanto entran allí adquieren las costumbres de la casa: yo creo que los caracteres se funden al calor de los caramelos y el caldo de gallina.

UN MACERO DEL CONGRESO

## EN UN ABANICO

Tente, abanico... no tapes  
ese rostro encantador:  
ya que te apropiés el aire,  
déjame gozar el sol.

E. R. DE S.  
Duque de Rivas.

## Espectáculos de la quincena

El teatro Antoine, el teatro libre, éste sí que es acontecimiento para este buen público de Madrid, que en hablándole en idioma extranjero y principalmente en francés, se decide á pagar 13 pesetas por butaca, haciendo el negocio de los que como los empresarios, también *extranjeros*, que traen compañías *extranjeras* á la capital, se sacrifican por la buena Sociedad Española... y tan buena, como que paga á 13 pesetas la butaca.

No les niego su mérito á los actores que hemos aplaudido un par de noches en la *Zarzuela*; desde luego afirmó que *dicen* mucho más naturalmente que la mayor parte de los artistas franceses, que aún *cantan* las obras, pero caballeros—como diría mi difunto amigo Barrutia—darnos *L'enquete* como teatro de ideas, no me resulta; porque en su contestura y en su desarrollo, entra por completo dentro de lo que los modernos llaman los antiguos moldes.

Hecha esta obra en castellano, para los que se llaman intelectuales, pasaría muy difícilmente; y la misma Blanchete, con ser más humana, tampoco encierra ninguna idea nueva, porque es ya muy antiguo en teatro el estudiar las malas consecuencias que trae *El salirse de su esfera*, para usar, como expresión del pensamiento, el título de una comedia castellana.

Ya sé yo que para el arte no hay fronteras, que todo lo que es bueno y es culto y es interesante merece ser aplaudido en todas partes; pero este sistema de una función y dos funciones, por una compañía que va *de paso* y que se detienen sólo horas, no sé por qué, me recuerda la exportación del arte francés, como ya he dicho en otra ocasión, *pour l'Espagne et le Maroc*.

Claro es que no estoy de acuerdo con la mayor parte de los críticos, ni de los intelectuales que, casi en su totalidad, informan su conocimiento de la literatura extranjera, en la lectura del *Journal*.

Y por lo que hace á los actores, he de repetir que es mucho más fácil á una compañía recorrer el mundo haciendo siempre las mismas veinte obras, que hacer el trabajo de nuestros artistas obligados á estrenar á *chorro diario*.

Con seguridad esto parecerá tonto á muchos espí-

ritus escogidos, pero ya se ha dicho en estas mismas columnas.

Llegó á cierto punto de América un señor tan sabio, que limpiaba las células del cerebro exactamente lo mismo que se limpian las pipas, convirtiendo á todos los necios de la localidad en hombres eminentes.

Al principio el sabio salía á ovación diaria; pero cuando el número de los espíritus superiores y de los hombres inteligentísimos era el dominante en absoluto, la vida se hizo imposible: sólo filósofos, pensadores, ateneitas y espíritus escogidos formaron una Sociedad en la que no se podía vivir.

Afortunadamente los pocos brutos que quedaban se reunieron y echaron á palos al reformador.

Desde entonces se estableció un principio que decía así:

«De la necesidad de los tontos en la República.»

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA

P. D.—De la segunda función dada por Antoine, vale más no hablar. Este apreciable actor, á quien yo no escatimaré sus méritos, por lo menos, se ha equivocado en la elección.

Necesitaría un defensor más elocuente y menos anticuado que el de Elisa, para convencer á nuestra crítica y á nuestro público, de que se ha ocupado como debía hacerlo, de la calidad de las obras que en Madrid iba á representar.

## EL PAÑUELO ROJO

(DE LUIS SALLES)

El sol sobre la marisma  
lanza sus rayos de fuego.  
Bajo los sauces, los toros  
sueñan, respiran el fresco,  
y en las aguas encharcadas  
hunden bien los cuatro remos.  
Unos la amarga retama  
buscan, y los tallos tiernos  
saborean; otros bajan  
la testuz, y contra un recio  
tronco, el enarcado lomo  
frotan y rascan rugiendo,  
mientras enjambre de moscas,  
arrojándose sobre ellos,  
chupan su sangre inflamada,  
más bien á miles que á cientos.  
Súbito, de la rumiante  
tropa se destaca fiero  
un toro, y clava la vista  
en algo que ve á lo lejos.  
Dos chicuelas, junto á un roble  
que el leñador echó al suelo  
para formar su hacecillo,  
ligan el ramaje seco.  
Una de ellas los dos hombros  
cubre con rojo pañuelo,  
que al resplandor de la tarde  
brilla y fulgura sangriento.  
Inclinada la cabeza,  
echando los ojos fuego,  
carrera veloz emprende  
el furioso bruto. Presto  
baja al prado; al barranquillo  
cruza, y llega á los linderos  
de la selva. Entre los árboles  
leves gritos suenan trémulos,  
y cual gentiles gacelas,  
por los angostos senderos,  
la pareja, temerosa,  
pasa gritando y huyendo.  
En larga pica apoyado,  
el pastor atisba el riesgo,  
silba dos veces, y extiende  
el ágil brazo... ¡Aún es tiempo  
Contra las dos campesinas  
va el toro seguro y recto...  
¡Perdidas están!... De pronto

sale un mastín al encuentro  
de las res embravecida;  
y tal como en el desierto  
ataca y abate al búfalo  
la pantera, así, en silencio,  
sin ladrar, terrible salto  
da el can, y al toro soberbio  
en el blando morro clava  
los colmillos. Con esfuerzo  
desesperado se agita  
el cornudo, y con tremendos  
mugidos; pero es vencido  
y atrás vuelve á pasos lentos.  
Mientras, las dos niñas rubias  
tornan por el soto al pueblo;  
cogiendo van avellanas,  
charlando van y riendo,  
y á la mayor la pequeña,  
la del purpúreo pañuelo,  
«¡Buen susto, dice, me ha dado  
aquel perrazo tan feo!»

TEODORO LLORENTE

## El confidente del Rey

VI

Alistada la gente por el Capitán con sujeción estricta á las instrucciones recibidas, muy pronto, en 1.º de Mayo de 1583, el Monarca le ordenó, desde Aranjuez, que fuese con la Compañía á guarnecer Fuenterrabía y San Sebastián, á las órdenes de García de Arce, «Capitán General de la provincia de Guipúzcoa.»

Por las pruebas que obtuvo en anteriores ocasiones, de que hice mención en los precedentes párrafos, Felipe II conocía bien la capacidad intelectual y el valor del Capitán montañés para llevar á feliz término difíciles empresas; y no le envió á Fuenterrabía con el solo fin de que atendiera con su gente al servicio de guarnición de aquella plaza, sino que le ocupó, como ya he dicho, en secretas misiones á los departamentos franceses. Buenos fueron, indudablemente, los servicios que en aquellos asuntos peligrosos logró hacer el osado y hábil lebaniego; por lo cual, más satisfecho cada vez el Rey, fué también confiando á Ruiz Díaz encargos cada vez más serios y arriesgados. Esto dió motivo á que, después de una misteriosa y duradera excursión por las provincias francesas, el activo, inteligente y denodado montañés se presentara en Madrid el día 20 de Abril de 1586, entregando al Rey, además de algunos datos verbales acerca de sus secretas maquinaciones políticas, una nota muy interesante, que el mismo Capitán había escrito, y que decía lo que pongo aquí á continuación:

«A Su Magestad.—Las fortalezas que más importan en Bearne, son Ham, Amiens y Oloron y las del valle de Aspe; y si Su Magestad gustara de tomarlas á su mano, se le dará el orden que conviene. Si Su Magestad es servido que las fortalezas, ó todo el Reino, tomen á su mano los mismos del país, cristianos, y después de tomado lo entreguen á Su Magestad, lo harán gustando Su Magestad dello. Esto lo harán tres ó cuatro Caballeros de los más principales que hay en aquel Reino, sin ningun interés sinó con sólo estar asegurados que, dentro de cuatro ó seis meses, Su Magestad les amparará ó socorrerá, ó se amparará de aquel Reino.

»Que Mons... vende los caballos, que Su Magestad le da licencia que pase, al Rey de Bearne y á sus capitanes; pero que el Rey de Bearne sabe los avisos que da á Su Magestad, y lo disimula por las razones que se dirá.

»Que en Fuenterrabía hay traición; y fuera ya tomada, porque los que viven en ella y en Hendaya lo consentían; y fuera ya ejecutada, sinó que, al tiempo que se había de ejecutar, llegó aviso al Rey de Bearne de como en Francia se había levantado la guerra: que de otra manera fuera ya tomada, como lo será en ha-

biendo paz, si no se pone remedio: de la cual traición se dirá la orden que puede haber para saberse.

»Que es mucho el daño que se sigue de pasar trigo entre salitre caballos.

»Que cuando Mons. de Agramon quiso tomar á Fuenterrabía, al hombre que andaba ordenando la traición le hizo entregar al Virey de Navarra el que andaba dando las (*ordenes? trazas?*) de todos estos avisos.

»Que si no fuera porque no les hallen en falta, viniere el uno dellos á dar razón á Su Magestad, muy particular de todo, y la cuenta que ha dar á Dios de perder esta ocasión.

»Encargan mucho la brevedad, porque si se pierde esta ocasión, después no será posible hacer lo que ahora fuera muy fácil, poner la mano en el Rey.

»Que habrá orden para tener trato para cualquier cosa que se encomendare á franceses, en Francia ó Bearne, ó para cualquier otra que Su Magestad gustare, doquier que fuere, que esté á cargo de franceses.

»En Madrid, á los veinte días de abril de mil y quinientos y ochenta y seis años.—Ruiz Díaz de Linares y de Encinas.»

¿Qué efecto causó al rey Felipe II esta nota?

Satisfaré pronto la curiosidad que la pregunta revela.

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ

(Continuará.)

## TIERRA FIRME

Como busca el piloto diestramente,  
defendiendo su nave carcomida,  
un abrigo en la costa apetecida  
donde fijar del ancla el corvo diente,  
así también del mundo en la corriente,  
cansado de los mares de la vida,  
busca en la paz de la mujer querida  
puerto feliz el corazón ardiente.

Dichoso aquél que por bondad del cielo  
encuentra en el regazo de una esposa  
el arribo feliz de su ventura.

Playa de amor y de eternal consuelo:  
¡Para el bien de la vida, cuán hermosa!  
¡Para el goce del alma, cuán segura!

MARCOS ZAPATA

## El ruiseñor y la golondrina

—Mucho tardaste en venir este año, hermanita. Sin duda, temerosa de los fríos impropios, que tanto nos molestan, no te atreverías á tender el vuelo en busca de brisas que no son primaverales. Al principio me figuré si la inclemencia del tiempo habría derribado tu nido en la galería de las Tres Estrellas; pero, aprovechando la obscuridad de la noche, me situé en la misteriosa higuera del patio interior y pude descubrir que tu vivienda se hallaba intacta, esperando la venida de la que siempre fué su dueña.

—Antes que otras veces teníamos deseo de atravesar los mares del Estrecho; pero las granizadas nos atemorizan y las lluvias continuas nos atormentan é impiden la rapidez de nuestro vuelo. Las golondrinas queremos un sol que abrase y unas noches cortas y serenas.

—Yo, cual siempre, mi viajera inolvidable, he formado el nido en medio del rosal encantado de este huerto. Es muy frondoso, y las hadas cuidan después del alimento de mis hijuelos y los nutren con una pasta que fabrican con las mieles que las abejas extraen de las plantas salutíferas de Sierra Nevada. Yo, desde el cinamomo inmediato canto endechas de amor á mi esposa, mientras cumple sus deberes maternos, y ya responderé á tus alegres chirridos con un saludo de bienvenida que me ha enseñado el Genio de la Torre del Aceituno.

—Pocas serán este año mis alegrías, pájaro divino,

cuando la Patria sufre desventuras, nosotras, que tanto la amamos, nos cobija indecible tristeza. Los campos africanos se tiñen de sangre. Los moros pelean como tigres unos contra otros y agotan su bravura en luchas fratricidas, en vez de emplearla contra el enemigo. Al refugiarnos en los minaretes de la mezquita de Tetuán, la ciudad que debiera ser respetada por su santo origen, en vez de las oraciones pacíficas del Muezzín, escuchamos predicaciones de guerra, y las balas de las salvajes kabilas, destruyen nuestras casitas de barro, que tantos siglos han respetado.

Allah se ha olvidado de sus hijos, y la lucha la provoca ese sultán que olvida las leyes de Mahoma y se entrega á usos y costumbres extranjeras.

—De semejante mal padecemos aquí también. Todo se vuelve imitar á los extraños, y las hermosas tradiciones de la Patria son objeto de mofa de las nuevas generaciones. Así anda ello. Nuestros cantares parecen molestos, y en vez de anhelar escucharlos con delicia, como antes, ya en las frondosas alamedas de la Alhambra, ó en las pintorescas orillas del Darro, alquila pianillos en las plazoletas y se emboban con la música ratonera y los movimientos tan obscenos como desgarrados de las hembras en capullo que formarán el futuro bello sexo.

Pero Dios es grande, tanto para los creyentes cristianos como para los árabes, y mientras tengamos jardines donde hacer los nidos entre flores y torreones sagrados que respeten con idolatría los dueños de los edificios, allí colgaremos nuestras febles moradas, enseñando á nuestros hijuelos el respeto y el cariño á las costumbres de nuestros antepasados y el más profundo temor de Dios.

Y el bulbul de los cármes del Albaicín y la parda viajera africana, se despidieron con fraternal cariño, prometiéndose continuar sus relatos cuando los ecos mundanales se acallen y esparza la luna sus plateados rayos al aparecer por detrás de los cerros del Generalfife.

ANTONIO J. AFAN DE RIBERA

Granada.



Para Dios no hay eventos, no hay acasos:  
antes que el giro de la azul esfera  
la eternidad á tiempo redujera,  
contó mis horas y midió mis pasos.

El mal y el bien me brindan con sus vasos,  
y esquivarlos en vano el alma espera,  
que de mi vida la fatal carrera  
mutaciones no admite ni retrasos.

Anterior á mi sér es mi destino;  
tasadas mis acciones *ab aeterno*;  
fija la suerte, ineluctable el sino.

¡Y aún suponen que un Dios piadoso y tierno  
puede abrir al final de mi camino  
la sima tenebrosa del infierno!

FEDERICO BALART

## AQUELLOS POLVOS, TRAEN ESTOS LODOS

Tarde memorable fué aquella para la esposa del sorbetero. ¡Pobre Cunegunda! A sus exclamaciones de todo género y el numeroso público que se reunió ante el carrito, los celosos guardias de orden público acudieron presurosos:—¿Que ocurre?—dice el dependiente de la autoridad.

—Pues, nada; ¿está usted?

—¿Y para nada grita usted tanto? Mire usted que se pone muy fea cuando chilla, y á los maridos, aún siendo viejos, les gustan...

—Acabe usted: ¡Vaya un guardia! ¡Vaya un...

—¡Señora! ¿Un qué?... Termine usted ese adjetivo.

—¿Qué entiendo yo de *jetivos*? No me venga usted

con palabras *griegas*. Aquí, para entenderle, ha de llamar usted al pan, pan; y al vino, vino.

—Bien, está bien; luego á usted la llamaré arpía, celosa, poco condescendiente.

—Y usted, ¿á que ha venido aquí? ¿para insultarme? ¿Sabe usted lo que me ha dicho?

—Si va usted por ese camino, llegaremos pronto donde á usted no le dé en una semana el sol.

—¿A quién? ¿á mí? Equivocado está usted, señor guardia; y acabemos.

—Ese es mi deseo; pero usted quiere acabar mal.

—¡Vamos, vamos!—dijeron todas las mujeres á una, cuando notaron que el policía la quería emprender con la pobre vieja. Déjenla en paz, y que se termine todo como los cuentos. *Colorín colorao, este cuento se ha acabado*. Y nada más.

—¡Qué bien defiende á los suyos! Es usted hombre, y basta. Pues claro, ¿qué ha de decir? ¡Tunante!

—Qué partido cree usted ser el mejor, buena mujer?...  
—¡Tomal El partido por entero; ¿me entiende usted? El marido es de su mujer. ¡Ah! si tuviese yo veinte años!

—¿Qué haría usted?  
—Pues no me casaba con Machota. ¿Está usted? Porque yo le entregué en monedas de oro *tres mil reales*. ¿Está usted? Y era yo (mal me está decirlo).

—Pero de esa fecha ¿hará ya mucho tiempo?...  
—¡Friolera! ¡Unos treinta años! yo tenía veintinueve, pocos más, pocos más, y diez y nueve mi esposo; vamos una cosa *asina*.

—¿Le gustó á usted que fuese jovencito? un pollito.  
—No, que le gustó á él que yo tuviese juicio y *cuartos*.

—¡Qué tal, si serás listo, Machota! Mira lo que dice tu mujer.

—¿Que si es listo mi marido? Si es la calma andando. Ya me lo decían mi padre y mi abuelo, que, mejorando lo presente, el primero fué sargento de carabineros, y mi abuelo tambor mayor en el regimiento de Saboya.

—Haces bien acordarte de tu abuelo le contestó *Pelao* á su *pelada*; porque en esta ocasión viene de perillas. ¡Camarón! Su abuelo traía al retortero todas las viejas del barrio de San Antón, allí en nuestra tierra. Más de ochenta años tenía cuando se casó por segunda vez.

—Te equivocas, que fué por tercera.  
—¡Ah! ven ustedes. ¡Si le gustarían las chicas!

Sí, señor, que le gustaban; pero era muy *complido* con su mujer; y tú, ante mis barbas, bromeas y zaran-deas á las mozas de todo Madrid.

—¡Déjame contar, mujer! Pues, el abuelo de Cunegunda, de esta mi mujer, tuvo un chiquitín á los ochenta años, y para imitar á su PAPA también el hijo, el chiquitín que cité es tambor mayor, y cuentan que no hay criada en Victoria que no haya sido su novia (del chico). ¡Sí, es de familia! En fin, que en lo único que no me parezco á tu abuelo, es en haber tenido tres mujeres; ¡ya ves si vives tú!

—Mira! porque á sana no me gana á mí nadie, ¿estás?, pues con los disgustos que tú me proporcionas, había para morirse de escarlata y hasta de tabardillo. ¡Arrastrao, pendenciero, descortés! Has de saber que á mí me guarda de todo la *Santa Faz*. ¡Ay! ¡Santa Faz de Alicante! ¡Santa Faz!

—¡Vamos!, acábase la discusión; *no haya duelo ni quebranto*. Adiós, y *pax vobis*.

—¡Camaraá! si *paice* un cura este guardia—dice la Cunegunda—*pas volis*. ¿Qué querrá decir eso?

—¡No está poco claro que digamos!—repuso al instante una de las íntimas de la *Pelada*.—PAX VOBIS, *paso á los bobos*, y como él se marchó, paso á él, que debe ser hermano del *bobo de Coria*.

—Nos ha *tratao* de bobos, ni más ni menos, á todos, y ¿así lo dejan ustedes irse á ese tío? ¡Vaya con el uniforme! ¡Se cree un general! ¡Y cómo se contonea!

—¡*Helao! ¡helao!* ¿Quién quiere otro vasito? ¡El mejor sorbete del mundo! ¡Mantecao exquisito, limón y granizado á escoger, á escoger y refrescarse por una perra grande!

Volvióse el guardia y con melosa voz pidió un re-

fresco, dándole el importe á Cunegunda, y al separarse de nuevo repitió:

—Adiós y lo dicho: *Pax vobis*....  
—¡Vamos!, eso pasa de castaño obscuro; el bobo es usted, y rematadamente bobalicón.

—Me parece á mí que eso de *pax vobis*—dijo *Machota*—es *lengua de latín*; yo lo tengo muy oído, pero, *vamos al decir*, que no me acuerdo de lo que trata.

—¡Allí va un cura, allí, mirarle!  
—Si él quisiera, nos podía sacar de apuros; pregúntale lo que quiere decir *pax vobis*, tú Ramonita; anda, Consuelo, acompáñala y *sonsacar* al cura.

Corriendo más que liebre perseguida por hábil cazador, dos chicas de las oyentes fuéronse en dirección al sacerdote, y con modales tan cultos como acostumbra las hijas de Madrid, dijeron al capellán:

—Señor, allí—y apuntaban—en aquel corrillo, al marcharse un guardia que vino á poner paz entre el tío *Pelao* y su mujer, al despedirlos, les ha dicho: *Pax vobis*; y como dicen que esto es latín de curas, nos han dicho que vengamos á preguntárselo á usted.

Rióse de la ocurrencia el buen señor, y dijo á las DIPUTADAS:

—¿No habéis oído nunca misa de Obispo?  
—No, señor.

—Pues, ¿qué dicen los curas en el altar cuando se vuelven al pueblo?  
—¡Ah! sí, *Dominus vobiscum*; ¿es eso?

—Bien muchachas, muy bien; pues cuando es un Obispo quien celebra la misa, dice *Pax vobis*, en lugar de *Dominus vobiscum*, al volverse al pueblo.

—¡Ay, qué risa! Pues habrá querido el guardia hacer as veces de Obispo; ni más ni menos.

No—repuso el buen presbítero;—puede ser muy bien que en su niñez haya sido monaguillo y recuerde ciertas del ritual.

Decid á la gente aquella que no se preocupe, que *Pax vobis* quiere decir: LA PAZ SEA CON VOSOTROS.

—Bueno, muchísimas gracias, señor cura; usted lo pase bien.  
—Adiós, chiquitas, adiós.

—¡Ya lo sabemos! ¡ya lo sabemos!—decían gritando las chicas Ramona y Consuelo.

—¿Tenían aquí razón?  
—¿No, señor *Pelao*, no; que *Pax vobis* le cuadra á usted muy bien, y quiero decir la paz sea con vosotros.

—¡Sí será sabio aquel guardia!  
—Algo tiene que saber: si no, no le hubiesen dado el empleo.

—¡Vaya señores! que nos retiramos, y mañana será otro día. ¿Quién quiere otro vasito? ¡*Helao, helao, al rico helao!*

¡Al rico sorbete! ¡al mejor *mantecao!* ¿Nadie quiere más?  
—Buenas noches.

—Adiós, tío Machota. Adios *seña* Cunegunda, y que no se enfade usted, que se acuerden de *Pax vobis*.

Arreglada quedó la cuestión de matrimonio, y fuéronse hacia las Peñuelas el Machota y su costilla, tirando del vehiculo-tienda alternativamente. Nuestros días, así los dichosos como los tristes, los tenemos contados.

Poco tiempo después de la escena referida, las vendedoras de la plaza de la Cebada y las vendedoras del Rastro referían lo acaecido al pobre Machota. ¡Él, tan robusto y decidor! ¡Él, á quien jamás médico alguno tomó el pulso, había quedado parálítico de resultados de un ataque apoplético. Mudo el infeliz, y medio idiota, sólo decía en frases casi inteligibles *Pax vobis*. El recuerdo aquél quedó grabado en su cerebro.

Cunegunda, anciana y sin grandes recursos, cuida de su esposo con cariño; ella sigue la venta de sus helados con ayuda de un sirviente; pero, la infeliz, cuando habla de su desgracia y del estado de su marido, dice invariablemente:

«Aquellos polvos traen estos lodos.»

ANTONIA RODRÍGUEZ DE URETA

## LA ORACIÓN

¡Reza! ¡en la dicha ó la desgracia, reza! que es la oración de la conciencia pura el tributo de Abel, don de ternura, luz del hogar, del pecho fortaleza.

Voz de la fe, del alma gentileza, que en santa llama del amor se apura, es gratitud en horas de ventura y es consuelo entre nublados de tristeza.

¡Reza! de agua una temblante gota en su limpio cristal refleja el cielo y trasunta su limpio saludo.

¡Reza! que es manantial que no se agota un Dios que ve tu espíritu sin velo, sordo no más al corazón que es mudo.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

## Curiosidad literaria

Madrid no tiene reputación de ser patria de escritores que hayan sido notables, y, sin embargo, uno de nuestros viejos, entusiasta de su pueblo natal, nos envía algunas curiosidades olvidadas de literatos hijos de la Villa del Oso y del madroño.

De Don Antonio María Segovia, notable escritor de costumbres que nació en 1808 y murió en 1874.

### DE LOS ELOGIOS

Hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros.  
MORATÍN

¡Loado sea Dios! ¡Bendita sea su divina providencia, que nos ha hecho llegar al termino, aunque al parecer indefinido, de la perfectibilidad humana!

España, á quien los extranjeros tienen por ignorante y bárbara; España, que después de tantos años de inquisición y atraso, de gobierno brutal y estancación de ideas, pudiera contentarse con empezar á poner el pié en el camino de la ilustración, ¡fup! se halla en un soplo en el fin de la jornada. Todo es ya aquí grande, perfecto, óptimo, excelente, maravilloso, increíble...

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué milagrosa felicidad! En ciencias, en literatura, en artes, en valor, en patriotismo, en virtudes, en todo hemos llegado de un salto al pináculo elevado de la más perfeccionada perfección. ¿No lo creéis? Pues es escuchad á los periódicos.

### HOMBRES GRANDES

1.º *Un alguacil mayor*.—Nuestro corresponsal de Villapuerca, provincia de Fontilaina, nos dice lo siguiente: En el día de ayer ha dado un día de gloria á España el alguacil mayor de este juzgado, el sin par D. Silvestre Leagarre, aprehendiendo con sus propias uñas un ratero de doce años, que era el terror de este pueblo. ¡Llor eterno al ciudadano Teagarre! La patria agradecerá perpetuamente en los fastos de la historia el perdurable recuerdo de D. Silvestre, el alguacil mayor.

2.º *Un sargento*.—Nuestro apreciable suscriptor D. Simplicio Papahigos nos escribe la siguiente carta, que tenemos el mayor gusto en publicar: ¡Viva la libertad! Los rebeldes han sido hoy completamente derrotados por el bizarro sargento de milicia, Blas Tabaco Negro, que al frente de un nacional y dos escopeteros, puso en completa dispersión á la partida del Cojo, que en unión de Ombligo Verde, total cinco hombres, eran el terror de la comarca. El héroe español, nuestro invicto sargento, les aprehendió dos mantas y un borrico, con lo cual quedó desmontada toda la caballería enemiga. Los anales de España no presentan nada más grande, más heroico, más sublime que la batalla ganada por Tabaco Negro.

3.º *Un intendente*.—Si todos los funcionarios de la Hacienda pública mostrasen el singular exceso de celo patriótico que ha desarrollado en la intendencia de Nueva-Jáuja el gran D. Tomás Sanguijuelo Ladrón de Guevara, pronto se levantaría España al grado de prosperidad á que sus destinos la llaman. Los estados que tenemos á la vista revelan ese celo singular y especial tino con que ha hecho efectivos 217 reales 14 maravedises, de seis labradores *morosos* que los *debían* por contribuciones del año 1845. El ilustre D. Tomás Sanguijuelo, sin más que venderles tres arados, seis mulas, cinco pucheros y dos camas de matrimonio, obligó á estos malos españoles al pago de aquella suma y de los 506 reales de costas. El Sr. Ladrón eclipsará la memoria de todas las ladrones y de todos los intendentes. ¡Su nombre pasará á la posteridad de boca en boca, pronunciado por los labradores sin mulas, sin cama y sin pucheros!

ANTONIO MARÍA SEGOVIA

Imp. Ambrosio Pérez y C.ª.—Pizarro, núm. 16.